

ANTONIO MACHADO  
VIDA Y PENSAMIENTO DE UN POETA



Juan Malpartida

ANTONIO MACHADO  
VIDA Y PENSAMIENTO  
DE UN POETA

**fórcola**  
**Singladuras**

## **Singladuras**

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: LDM

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: Retrato de Antonio Machado,  
Joaquín Sorolla (1917). Hispanic Society of  
America, Nueva York

© Juan Malpartida, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-9857-2018

ISBN: 978-84-17425-13-5

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

*No hay espejo; todo es fuente*

ABEL MARTÍN

**Antonio Machado**  
**Vida y pensamiento de un poeta**

I. Antonio Machado entre dos tiempos .....	11
II. Eros, amor y metafísica .....	67
III. El problema de la lírica .....	99
IV. Complementos .....	123
V. Contar y cantar .....	147
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	193

**Antonio Machado**  
**Vida y pensamiento de un poeta**

# I

## Antonio Machado entre dos tiempos

### 1

¿Quién fue Antonio Machado? Pocos son los escritores españoles, a excepción de Cervantes y Lorca, tan citados, admirados y manoseados entre los lectores de la lengua española. Machado nació el 26 de julio de 1875 en Sevilla, y murió el 22 de febrero de 1939 en Colliure, huyendo de la Guerra Civil, camino del exilio. Apenas pasada la frontera con Francia, enfermo de un viejo y grave enfisema pulmonar, fallece tras constatar, mirando el presente y recordando el remoto pasado, «estos días azules y este sol de la infancia». Nace, pues, tras el fin de la breve Primera República española, que fue seguida por la restauración borbónica, y muere con los últimos días de la Segunda República, que dio origen a la larga dictadura franquista. Es decir, fue un hombre de la Generación del 98 que vivió, como buena parte de sus contemporáneos ilustrados, España como problema, y cuya vida acaba en uno de los momentos más terribles de nuestro país. Si por circunstancias históricas pertenece a una generación que toma su nombre de un suceso (epítome simbólico de una realidad ya antigua) que marca el cierre del Imperio español y el

desplazamiento del significado de nuestro país a un enigma a despejar, hay sin embargo en Machado, en el prosista de *Juan de Mairena* y en un puñado de poemas y prosas posteriores a *Campos de Castilla*, una modernidad que no conocieron ni Azorín ni Baroja. Pero ¿quién fue Antonio Machado? Nos parece conocerlo, incluso tenemos una sensación de proximidad, pero ese conocimiento se complica cuando lo pensamos, y la cercanía se vuelve niebla. Fue un poeta, sin duda; un admirable prosista y un filósofo, un hombre taciturno, reflexivo; un andaluz castellanizado, cantor de los campos de Soria, del altiplano y su adusto paisaje. Un refinado intelectual que no perdió nunca de vista, ni de oído, la vasta tradición popular; y un español afrancesado que desdeñaba profundamente la tradición francesa de acento cartesiano, consistente en hacer descansar la existencia en el acto de pensar. Un hombre pobre (errante profesor de francés en institutos de provincias) que había nacido en el Palacio de las Dueñas de Sevilla (entonces habitado por varias familias de clase media) y que moriría en una pobre habitación de hotel de Colliure, un pueblito costero a pocos kilómetros de la frontera con España, en compañía de su madre y de algunos amigos, compañeros de ese incipiente exilio, que para él fue breve y definitivo.

Descendiente de una familia ilustrada por ambos lados, compartía con algunos de sus hermanos, de manera destacada con el poeta Manuel, y en menor medida con José, el amor por las artes y las letras. Al leer algunos de sus poemas más personales, y algunas de las reflexiones o anécdotas de Abel Martín

y de Juan de Mairena, nos acercamos más al acento de su monólogo, que era un diálogo. «Su mirada era tan profunda / que apenas se podía ver», dijo de él Rubén Darío en su temprano y preclaro retrato. Sus poemas y prosas pueden formar, si fueran vistos y ordenados con lucidez, un rostro. ¿Sería ésa su identidad? No lo creo. Su manera de ver y de pensar constituyen su identidad, y ésta cambia cuando la leemos: nunca es del todo la misma. Ése es el destino del poeta. ¿Y no es la suerte de toda identidad?

Machado fue un solitario que tuvo dos amores: Leonor, una adolescente soriana que falleció a los dieciocho años, y Pilar: discreta poetisa y dramaturga madrileña, casada y con hijos, católica y con la que, podemos suponer, tuvo una relación escasamente física. Machado fue en cierta medida un hombre puritano pero sensual, quizá eminentemente erótico, como dice él de su heterónimo Juan de Mairena, pero de cuyo erotismo apenas hay huella literaria, salvo en algún aspecto de su filosofía, donde aparece un erotismo pensado, aunque no exento de presencia, de confesión al sesgo, de narración. En cuanto a su poesía amorosa, a pesar de las numerosas referencias a los conatos de amor y sus reflejos, como en el caso de Paul Valéry, es tardía. Fue un solitario silencioso que supo intervenir en la vida pública, amante del teatro y de la lectura, y de los cafés, en los que pasó horas cada día a lo largo de su vida. Puritano, criticó la sensualidad de su tiempo, tanto la que observó en España como en Francia, los únicos países que conoció. Es, con Borges y Octavio Paz, el poeta filósofo por antonomasia del siglo XX

en lengua española, como Quevedo lo fue del XVII; sin embargo, combatió con denuedo la literatura reflexiva, o más exactamente: conceptual, a favor de una poesía de lo heterogéneo, con un fuerte acento de la temporalidad, cuya fuente cognitiva se apoya, según Machado, en la intuición, que a su vez se manifiesta a través de los sentidos. Poeta y prosista reflexivo, no tuvo un verdadero amor por la literatura, en su significado más genérico. Aunque leyó a Proust y a Joyce, y compartió algo, vía Bergson, con la poética de la temporalidad de *En busca del tiempo perdido*, el mundo de la novela no fue el suyo, fuera la fina psicología social e individual del francés o el hiperrealismo de la ciudad y sus personajes del irlandés. En esto se asemeja a Valéry y a Borges, ajenos a la extensión de la novela y amantes de la intensidad esencial que niega la demora narrativa. A Machado le atraían las obras realistas, de género poético, apoyadas en la acentuación del tiempo, en la noticia experiencial, y, por otro lado, la reflexión filosófica: la metafísica. Como escritor, le gustaba, en definitiva, cantar y pensar, a ser posible sin mezcla de los géneros. Pero todo el mundo sabe que fue un poeta que sabía pensar y un pensador con tendencia a la paradoja, además de fatalmente fragmentario.

Fue en lo religioso un agnóstico (¿lo fue del todo?) que habló numerosas veces de Cristo, pero no del crucificado que la tradición española exalta en la cruz, sino del que anduvo sobre la mar. Su agnosticismo fue contradictorio, y cualquiera podría recordar momentos de su obra donde afirma la fe en

la divinidad. Pero también podemos encontrar titubeos. Algunos estudiosos, de la autoridad de Agustín Andreu, no dudarían de su fe en la divinidad. Podemos convenir en que no fue ateo, y no cabe duda de su religiosidad, en el sentido más profundo del término. La fe (no necesariamente cristiana) como la imaginación metafísica, le parecieron necesarias. Tal vez creyó, sobre todo, en el mito cristiano: el de un dios que, por amor, para redimir al hombre de la muerte, se hace mortal y sufre las pruebas del tiempo. Por sensibilidad y convencimiento fue cristiano en todo lo que el cristianismo tiene de compasivo y amable, y si en verdad tuvo simpatía por el comunismo ruso fue precisamente por lo que veía de estos rasgos en la tradición religiosa del país de Tolstói, algo que, sin embargo, fue extirpado por la ideología soviética: tanto la religión como el sustrato cordial en nombre de la abstracción revolucionaria. Sin duda habló mucho de Dios, creador de la nada, no del ser y del mundo. Hombre de formación liberal, profesó un ferviente anticlericalismo y fue ajeno a los dogmas de la Iglesia cristiana. Polémico lector de Kant, sobre el que versó su licenciatura en Filosofía ante Ortega y Gasset, creyó siempre en la necesidad de apoyar los valores en la metafísica, fueran éstos morales o imaginarios (los que proponen las obras de imaginación, por ejemplo). Fue platónico, no aristotélico. Incluso llegó a afirmar que no solamente cada poeta sino cada poema debía tener su metafísica. De manera heterodoxa, y con una lucidez que quizá aún no ha encontrado del todo su exegeta, concibió el ser como uno y duplo, una unidad que

al conocerse a sí misma se percibe como otra, y, así, está lanzada siempre fuera de sí.

Su obra no es muy extensa: en realidad es la menos copiosa de los escritores de su generación: las de Unamuno, Azorín, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez y Pío Baroja son abundantes, incluso inmensas, como en el caso de Baroja. Machado publicó en vida el conjunto de sus poemas (de 1903 a 1938), que forman una obra de discreta extensión, y *Juan de Mairena* (1936), además de las siete obras de teatro en colaboración con su hermano Manuel, excluidas con tenacidad de sus *Obras completas* por los diversos compiladores. Su obra póstuma no suma mucho a lo editado en vida. Los estudiosos de ella han recuperado, además de artículos dispersos, 221 cartas hasta la fecha, buena parte de ellas (36) destinadas a Pilar de Valderrama (Guiomar), aunque sabemos, según el testimonio de la destinataria, que fueron más de doscientas. La última de las conservadas por Valderrama, porque el resto las quemó, es de julio de 1932, pero la «amistad» (¿cómo llamar a esa relación desigual?), en lo que suponía de encuentros, terminó al parecer en 1935 por voluntad de Valderrama. Tampoco se han conservado, salvo un par de ellas, las cartas enviadas a su hermano Manuel, que supongo debieron de ser numerosas. ¿Se perdieron o fueron intencionadamente destruidas? Añado que también se han perdido casi todas las enviadas a su madre. Al final de su vida, Antonio Machado confesó que comenzaba a comprender el valor de las cartas por su dimensión confesional, lejos del ambiente social donde «ni el hombre se oye a sí mismo ni oye a

su prójimo». En esos postreros días, este hombre de discretas tertulias, en las que su protagonismo era inexistente, parece decirnos que lo que vio en ese mundo fue una suerte de mutua sordera sostenida por una voluntad gregaria.

¿Y qué hacía Machado en esas reuniones masculinas, especie de pobre club ambulante, a las que sin embargo era tan aficionado? Conversar –entre su socarrona sonrisa y su laconismo habitual–, fumar, tomar numerosos cafés, pasar el rato, huir de la soledad de los cuartos fríos y desangelados, fuera en las pensiones y hoteles en los que se alojó en París, Segovia, Soria o Baeza, o de la casa familiar madrileña, no menos sórdida y jaleosa. Pero en esas tertulias y en los largos paseos buscaba también el diálogo, aunque fuera poco visible. Socrático, como su *alter ego* Mairena, Machado creía que toda razón es dialógica, y pensó que en todo hombre anida, a veces contra sí mismo, algo de verdad. Digamos de paso que, junto a la costumbre de citarse en los bares para conversar, a diferencia de Madrid, en París había en la misma época (y desde el siglo XVII) numerosas tertulias en casas, en los famosos salones, alrededor casi siempre de una figura femenina. Valéry, contemporáneo suyo a quien me gusta traer en estas páginas contrastándolo con Machado, precisamente por tener una actitud intelectual opuesta, se pasó las noches de la mitad de su vida en estas reuniones caseras, donde, a diferencia de las tertulias de bares de Madrid, las figuras femeninas eran numerosas.